CUENTOS QUE CUENTAN LOS GUARANÍES

MIGUEL ANGEL PALERMO

CUENTOS DE MI PAIS

...Indígena del Oriente Boliviano
...LOGICA
...BOLIVIA
Ayuda para el ...
15-11-...

CUENTOS QUE CUENTAN LOS GUARANÍES

Contados por
MIGUEL ANGEL PALERMO
Ilustrados por
DELIA CONTARBIO

SECRETARIA DE CULTURA DE LA NACION
EDICIONES CULTURALES ARGENTINAS
CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

© 1987, EDICIONES CULTURALES ARGENTINAS
Suipacha 1008 - (1008) Buenos Aires, República Argentina

Impreso y editado en la República Argentina
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
ISBN 950-36-0118-8

Acá empieza el libro

Hubo un tiempo en que los guaraníes ocuparon mucha selva, selva paraguaya, argentina, brasilera...

Cultivaban la tierra, recogían los frutos, pescaban peces, cazaban algunos animales. Vivían a su manera, a veces hacían la guerra y siempre pero siempre hacían poesía.

A los guaraníes les gustaba contar historias y también cantarlas.

Este libro quiere recoger algunas de esas historias, con héroes de cuerpo resplandeciente como el sol y seres malvados que tienen secuestrado al fuego, con un mundo que se fue haciendo de a poco, humildemente, con la pura magia de la poesía.

El origen de la Tierra

Cuentan los guaraníes que en el principio de los tiempos estaba solo el Dios Creador, que ellos llaman Ñanderú. Ñanderú se había creado a sí mismo, de a poco.

En ese entonces no había ni árboles ni montañas ni gente ni nada. En su soledad, Ñanderú empezó a crear. Creó primero el lenguaje de los hombres, las palabras. Y entonces quiso que alguien más pudiera hablar y creó a otros dioses, cuatro parejas de dioses que a su vez iban a tener hijos también dioses.

Después, Ñanderú hizo que la punta del bastón que siempre llevaba en la mano empezara a engordar, más y más. De allí salió la Tierra, de a poquito.

Para que la Tierra no se moviera, creó una

palmera. Era una palmera que iba a durar para siempre y estaba justo en el medio de la Tierra. Después creó otra palmera igual en el Este (que es por donde sale el sol),otra en el Oeste, otra en el Norte y otra en el Sur. Y así, con esas cinco palmeras que iban a vivir siempre, sin secarse nunca, la Tierra quedó como clavada, bien firme.

Al cielo lo dejó apoyado sobre cuatro columnas, cuatro postes de madera iguales a su bastón.

Fue entonces cuando hizo los primeros animales y las primeras plantas. Uno de los primeros que voló por ahí fue el Colibrí; la Víbora fue la primera que se arrastró. La primera en cantar fue la Cigarra.

Los guaraníes dicen que, de entrada, Ñanderú había hecho la Tierra toda tapada por una selva que no se acababa más; parece ser que después pensó que era mejor que hubiera también campos sin árboles, y ahí creó a la Langosta. La Langosta iba por todos lados, a los saltos, y en algunos lugares clavaba la cola en el suelo (igual que hacen hoy todas las langostas para poner sus huevos). En ese lugar crecía el pasto y desaparecían los árboles y es así que las llanuras aparecieron después que vino la Langosta. Cuando estuvieron listos esos campos, llegó la Perdiz, que se alegró, cantó de contenta y se quedó a vivir ahí.

Después Ñanderú inventó al Tatú, que se puso enseguida a escarbar la tierra.

La Lechuza quedó como dueña de la oscuridad: por eso, sale nada más que de noche y duerme de día.

Después vinieron otros muchos animales y también los primeros hombres y mujeres.

Entonces, Ñanderú se volvió al cielo y les dejó encargado a los otros dioses que cuidaran bien de todo.

Pasó el tiempo; algunas personas se habían vuelto muy buenas pero otras se habían vuelto muy malas: no todo andaba bien, así que los dioses decidieron que era mejor hacer arreglos.

Pero para no dejar las cosas a medias, mandaron un diluvio: toda la Tierra se inundó. La gente buena pudo subir al cielo con Ñanderú, pero los que eran malos se transformaron en animales: ranas, peces y otros bichos.

Después, Ñanderú le pidió a otro de los dioses, que se llamaba Jakaira, que se encargara de hacer de nuevo la tierra. Jakaira, a su vez, le dio ese trabajo a su hijo Pa-pa Mirí.

Pa-pa Mirí trabajó mucho. Hizo nuevas plantas, nuevos animales; fue amasando la tierra nueva y llenándola de árboles y pasto. Hizo ríos y arroyos. Pero parece que antes de que terminara lo llamó la madre, porque lo quería ver, y Pa-pa Mirí dejó las cosas como estaban. Y dicen los guaraníes que por eso hay montañas que no son sino montones de tierra y piedras que le sobraron al dios y que a la gente no le sirven para nada.

El primer fuego llega a los hombres

Y fue así como, después del diluvio, Pa-pa Mirí hizo la nueva Tierra.

Cuando Pa-pa Mirí terminó su trabajo, pensó que a la gente le faltaban algunas cosas para vivir bien. Lo primero era el fuego, porque los hombres de esos tiempos antiguos no lo conocían, así que no podían cocinar ni encender fogones para calentarse en las noches de frío ni sentarse a charlar alrededor de la luz.

En esa época, solo unos pocos tenían fuego: no eran ni hombres ni animales sino unos seres malos que se llamaban Futuros Cuervos. Vivían en una montaña, no querían compartir el fuego con nadie y, para colmo, les gustaba comerse a los hombres. Y lo que era peor todavía, eran poderosísimos.

Entonces, Pa-pa Mirí decidió sacarles el fuego a los Futuros Cuervos y lo llamó a Cururú, el sapo, para que lo ayudara. (Ya ven como hasta un bicho chiquito, si es bueno, puede ayudar a un dios).

—Vení,Cururú —le dijo Pa-pa Mirí —. Vos me vas a ayudar a conseguir fuego para todos. Porque vos sos chiquito pero hay algo que sabés hacer muy bien y es atrapar cualquier cosa que ande volando. Y acá van a volar brasas.

Cururú no entendía bien, pero igual estaba orgulloso —hasta medio hinchado de orgullo, dicen— de que nada menos que Pa-pa Mirí lo llevara como ayudante.

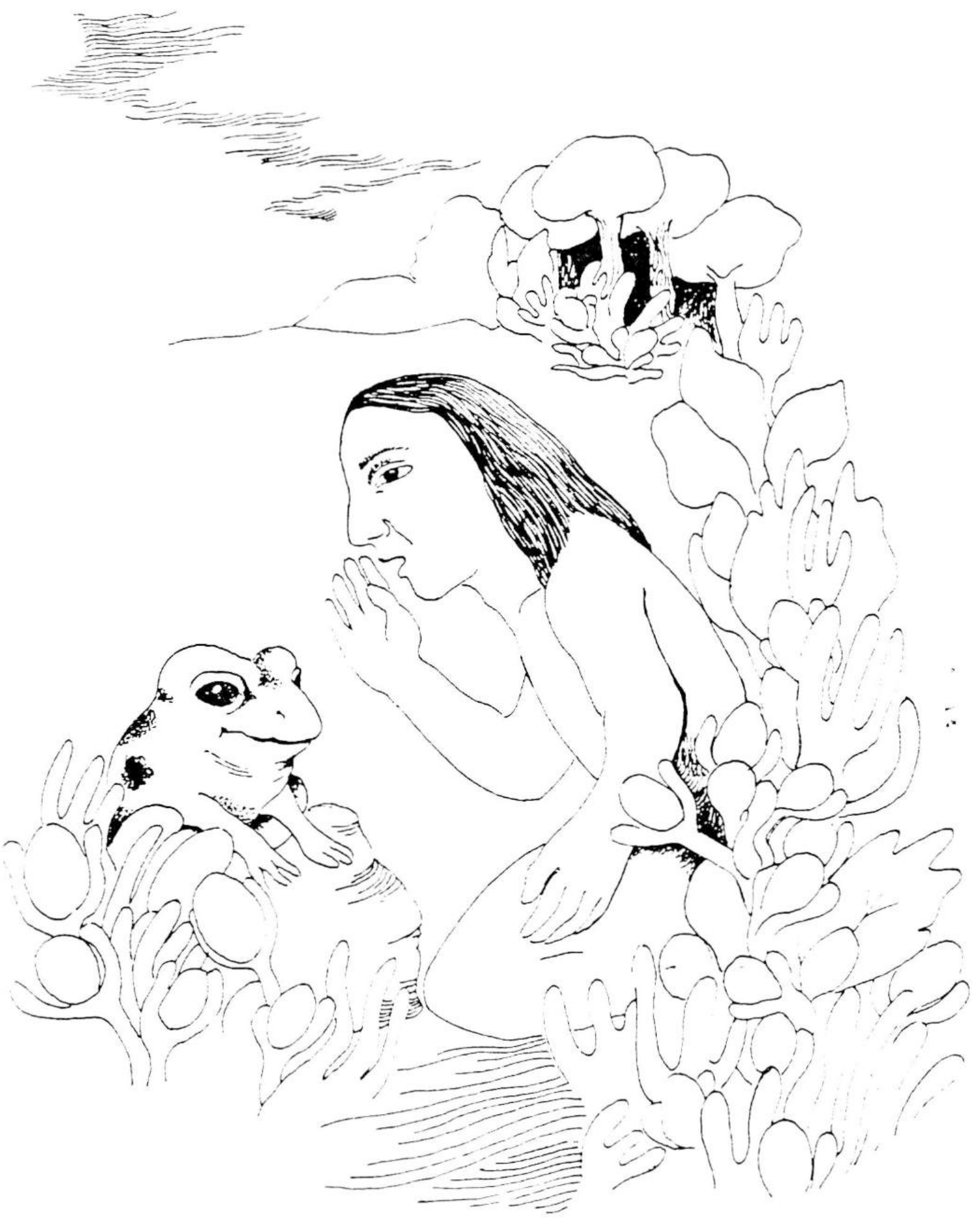
—Yo te voy a explicar bien —le dijo el dios. Se agachó para hablarle en la orejita a Cururú y le dijo, muy bajito:

—Bsss bsss bsss. ¿Entendiste? Y después, bss bss bssss; y entonces, ¡bs! ¿Estamos, m'hijo Cururú?

Claro, ustedes no entendieron nada porque Pa-pa Mirí hablaba en secreto para que no lo oyeran los Futuros Cuervos (¡tenían un oído!). Pero Cururú sí que entendió. Dio dos saltitos y dijo que sí.

Entonces Pa-pa Mirí y el sapo se fueron caminando para la montaña donde vivían los comegentes, que eran los dueños del fuego. Bueno, la verdad es que el que caminaba era Pa-pa Mirí: Cururú iba salta que te salta.

Cuando llegaron, Pa-pa Mirí se tiró al suelo y se quedó quieto. Parecía desmayado. El sapo se quedó entre el pasto, más allá, y como era chiquito y de color verde nadie lo veía. Pero él sí



que veía y miraba bien lo que pasaba.

Al rato aparecieron los Futuros Cuervos y vieron a Pa-pa Mirí tirado en el piso.

—¡Mmmm! —dijeron—. ¡Comida! ¡A cocinar! ¡A hacer un asado con éste!

Empezaron a correr, juntando ramas, y encendieron una fogata justo al lado de Pa-pa Mirí. Pero él no se quemaba (¡para eso era un dios!). Cuando el fuego estaba bien fuerte y se habían formado un montón de brasas, Pa-pa Mirí empezó a poner en marcha su plan, que nada más que Cururú conocía. La idea era hacer saltar brasas y que el sapo pudiera pescar alguna al vuelo y llevársela.

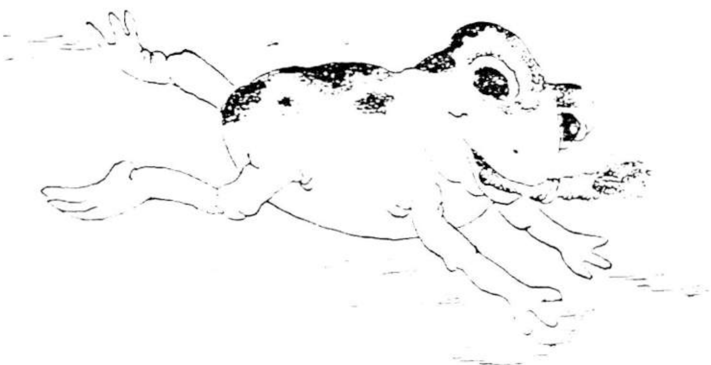
Así que espió con disimulo y cuando ninguno de los Futuros Cuervos miraba, le pegó una buena patada a la hoguera. Saltaron carbones encendidos para todos lados. Algunos cayeron donde estaba Cururú, que pegó un salto para adelante y estiró la lengua; pero no pudo agarrar nada.

Pa-pa Mirí miró a Cururú y levantó las cejas como preguntándole. El sapo dijo que no con la cabeza.

Los Futuros-Cuervos estaban extrañados: ¿por qué había saltado así el fuego? Miraron a Pa-pa Mirí pero lo vieron quieto como antes; se encogieron de hombros y trajeron más leña.

Entonces, Pa-pa Mirí esperó a que se hicieran más brasas y pegó otra patada fuerte. De nuevo saltaron los carbones y esta vez Cururú dio un buen brinco, estiró rápido la lengua ¡y agarró una brasa igual que si fuera una mosca!

A mí no me pregunten cómo hizo para no quemarse, porque no sé: casi seguro que Pa-pa



Mirí armó alguna magia para que pudiera aguantar el fuego en la boca. La cuestión es que Cururú se tragó la brasa, cerró la boca y se quedó como si nada.

Pa-pa Mirí le preguntó otra vez con las cejas desde lejos y Cururú dijo que sí con la cabeza y con el dedito índice y el pulgar hizo una seña que quería decir: "Un poquito".

Entonces, el dios se paró y le dijo en voz alta:

—Un poquito basta, m' hijo Cururú. Vamos rápido.

Los Futuros Cuervos se quedaron pasmados. ¿Cómo había hecho ese hombre, que ellos se creían que ya estaba medio asado, para ponerse de pie como si nada?

Pa-pa Mirí se fue con el sapo y, cuando estuvieron lejos, le dijo:

—Largá el fuego, m'hijo.

Cururú escupió la brasa.

—Ahora, andá a buscar mi arco y mis flechas.

El sapo salió a los saltos largos y volvió con lo que le habían pedido. Entonces, Pa-pa Mirí prendió fuego a la punta de madera dura de una flecha y la tiró con el arco contra un árbol, un laurel. El fuego se quedó adentro del árbol, pero no lo quemó.

Después, con un poco de brasa que quedaba, encendió otra flecha con punta de madera y la tiró contra una planta que se llama "bejuco subterráneo". Pasó lo mismo.

Entonces, Pa-pa Mirí llamó a la gente y les dijo que en la madera de esas dos plantas estaba escondido el fuego, que cuando quisieran te-

...erlo tenían que cortar un buen pedazo de laurel o bejuco, hacerle un agujerito, meter ahí la punta de madera de una flecha y hacerla dar vueltas muy rápido: en seguida saldrían las llamitas.

Desde entonces, los guaraníes hicieron fuego de ese modo.

Después, para que los Futuros Cuervos no siguieran haciendo mal a la gente, Pa-pa Mirí los convirtió en unos pajarracos negros a los que la gente del campo llama "cuervos" o "jotes" y los guaraníes urubúes.

Nuestro Señor del Cuerpo como el Sol y su hermano Futura Luna

Dicen los guaraníes que hace mucho pero mucho, en la misma época de Pa-pa Mirí, apareció un chico. Este chico también era un dios, y fue uno de los primeros en poblar la tierra. Se llamaba Paí Reté Kuaraí, que en guaraní quiere decir "Nuestro Señor del Cuerpo como el Sol" o "Nuestro Señor del Cuerpo Resplandeciente", porque tenía el cuerpo brillante como la luz.

Este chico luminoso vivía solo, pero sabía arreglárselas por su cuenta sin problemas. Había aprendido a cazar y a pescar sin que le enseñaran y así se conseguía qué comer. También sabía cómo cocinarse la comida.

Así estaba Paí Reté Kuaraí muy tranquilo, cuando una vez se encontró con unos a los que

nunca en su vida había visto antes. No eran ni hombres ni animales y se llamaban los Seres Primitivos. Eran malos, muy malos, y les encantaba comerse a todo el que se les acercaba. Cuando vieron al chico, dijeron:

—¡Llegó el almuerzo! ¡Lindo, el chico luminoso!

Pero, como eran unos falsos, cuando él llegó lo saludaron muy amables y sonrientes, haciéndose los amigos y los simpáticos, y empezaron a charlar: que si esto, que si lo otro. Mientras tanto, uno de ellos se fue por detrás de los árboles, escondido como un cazador, con su arco y su flecha, y cuando estuvo cerca le tiró un flechazo por la espalda (¡qué traicioneros que eran estos Seres Primitivos!).

Pero Paí Reté Kuaraí no era un chico así nomás: era muy poderoso porque era hijo del creador Ñanderú, así que cuando la flecha le pegó, se escuchó "¡boing!" y le rebotó en el cuerpo. El sintió algo, porque dijo:

—¡Epa! ¡Un mosquito! —y no se dio cuenta.

El Ser Primitivo que había tirado se rascó la cabeza, extrañado: ¡nunca había visto algo así! Entonces, vino despacito otro y le dijo:

—¡Qué flojo que sos! ¡Dejáme tirar a mí ahora!

Estiró la cuerda del arco y tiró otro flechazo. "¡Boing!" hizo en la espalda de Paí Reté Kuaraí y rebotó también.

—Pero, ¡estos mosquitos! —dijo el chico; se pegó un manotazo en la espalda y siguió conversando.

Entonces el más fuerte de los Seres Primiti-

vos agarró su arco, fue por detrás de Paí Reté Kuaraí, estiró la cuerda tanto que parecía que la iba a romper y le tiró un flechazo como para pasar de lado a lado un tronco de árbol.

Los Seres Primitivos vieron venir la flecha, que zumbaba por el aire; vieron cómo se acercaba más y más al chico, que miraba para otra parte. Los muy malditos pensaron: "¡Ahora sí que sonó éste!"; pero la flecha hizo "¡Boooiiing!" y también rebotó. Paí Reté Kuaraí dijo:

—Este mosquito o era muy grande o era un tábano. Me picó más fuerte que los otros.

Los Seres Primitivos no sabían qué hacer.

—Con éste no se puede —decían algunos.

—Y bueno, esperemos un poco, a ver si encontramos la forma de cazarlo. Mientras, crece, se hace más grande, y tenemos más para comer —dijo otro.

Así que disimularon la cosa, hicieron como si no hubiera pasado nada y Paí Reté Kuaraí se quedó a vivir cerca de ellos un tiempo.

Pasaron unos días y el chico resplandeciente pensó que sería bueno tener un hermano, porque solo se aburría. Entonces usó su poder: agarró una hoja, la sopló y ¡zas! la hoja se convirtió en otro chico, que vino a ser su hermano menor y se llamó Yacyrá, que en castellano quiere decir "Futura Luna". Cuando nació, Yacyrá no era un bebé: estaba bastante crecido y podía caminar y hablar, así que fue enseguida un buen compañero para Paí Reté Kuaraí. Los dos salían a caminar, cazar y pescar juntos.

Una vez, vieron que los Seres Primitivos estaban sin comida y decidieron conseguirles algo.

se fueron al monte y vieron un loro parado en una rama. "¡Algo es algo!", pensaron y le tiraron un flechazo, pero la flecha le pasó cerca sin tocarle.

Claro que si Paí Reté Kuaraí y Yacyrá no eran chicos comunes, éste tampoco era un loro común. Se llamaba Loro del Discreto Hablar y era un bicho sabio, que conocía un montón de cosas.

Cuando la flecha le pasó zumbando, el loro se enojó (bueno, hay que reconocer que tenía razón, ¿no?), los miró de costado con un ojo, así como miran siempre los loros, y dijo:

—¡Qué bonito! ¡A esos que están esperando para comérselos, ustedes salen a buscarles comida, para ayudarlos! ¡Qué vivos que son ustedes dos! —porque este loro sabía toda la historia de cómo los Seres Primitivos habían querido cazar a Paí Reté Kuaraí.

Los dos hermanos se quedaron muy sorprendidos y no sabían qué decir. Después, le empezaron a preguntar y el Loro del Discreto Hablar (que de discreto no tenía más que el nombre, porque hablaba y hablaba y hablaba) les dijo quiénes eran esos Seres Primitivos, que los chicos se creían que eran tan simpáticos, y les contó qué planeaban: ¡esperar el momento para poder mandarlos a la parrilla! También les contó de todos a los que ya se habían comido.

A Paí Reté Kuaraí le dio mucha rabia y se puso a pensar cómo vengarse y sacar del medio a ésos, porque eran un peligro. Pensó y pensó y al final se le ocurrió. Le dijo a Yacyrá:

—Por ahí hay un río con mucha correntada, que pasa entre unas barrancas muy altas, ¿te

¿recordás? Hay un tronco de árbol que sirve como puente para cruzar. ¿Sabés qué pensé? Vamos a hacer que los Seres Primitivos pasen por ahí y cuando estén en el medio del tronco lo vamos a dar vuelta, así se caen. Vos escondéte cerca del río y esperá a que te haga una seña: entonces, venís corriendo y me ayudás. ¡Ya vas a ver lo que les pasa a esos sinvergüenzas!

Así que los hermanos se fueron corriendo, uno para cada lado. Yacyrá se escondió. Paí Reté Kuaraí llegó donde estaban los Seres Primitivos y les dijo:

—¡Al otro lado del río está lleno de unos árboles con fruta muy buena! ¡Vengan! ¡Yo los llevo al lugar!

Los otros le creyeron y lo siguieron. Al llegar al río, les dijo:

—Es del otro lado. Crucen por el tronco, que yo voy atrás.

Pero cuando estaban pasando sobre el agua, el chico del cuerpo resplandeciente le hizo una seña al hermano, el otro salió corriendo y entre los dos dieron vuelta el tronco. Los Seres Primitivos trataron de hacer equilibrio revoleando los brazos y las piernas, pero se cayeron. Entonces, Paí Reté Kuaraí les gritó unas palabras con poder mágico:

—¡Conviértanse en animales del agua!

Y apenas cada uno tocaba el agua del río al caer, se iban convirtiendo: unos en nutrias, otros en yacarés, otros en peces y varios bichos más. Así pasó con todos, menos con una mujer de los Seres Primitivos que iba adelante y pegó un salto enorme: en lugar de caerse al río, pudo llegar a la otra orilla.

Cuando Paí Reté Kuaraí vio que ella se había salvado, se puso furioso y sin pensar mucho en lo que estaba diciendo, le gritó otras palabras con poder mágico:

—¡Ser horrible! ¡Dormíte y después despertáte y que cuando te despiertes todos te tengan miedo para siempre y nadie se te quiera acercar!

Ella se quedó dormida. Cuando despertó, se encontró rara: se había convertido en un yaguareté, esa fiera que es como un tigre manchado. Fue el primer yaguareté que hubo sobre la tierra. Los guaraníes ponen este caso como ejemplo de que cuando uno está enojado, tiene que cuidar bien la lengua y fijarse con atención qué dice para no hacer macanas; si el chico resplandeciente no hubiera perdido la cabeza y dicho eso, ahora no habría yaguaretés, que son tan peligrosos y meten tanto miedo.

Los hermanos crecieron. Paí Reté Kuaraí inventó algunas plantas nuevas y de otras que ya estaban le explicó al hermano para qué servían (cuáles daban fruta buena para comer, cuáles había que cocinar y así). Inventó también la yerba mate, que hizo crecer de los hombros de una mujer que estaba triste:

—Alegráte —le dijo—, ahora ya todos los hombres van a tener esta planta para poder tomar mate —y la mujer se puso contenta.

Después, Yacyrá se metió en un lío. Le gustaba ir de noche a espiar en las casas de la gente, meterse despacio adentro y revolver todo. Una mujer se dio cuenta y decidió marcar al espión para después reconocerlo de día, así que se emplastó la mano con un líquido oscuro que se sacaba de un árbol y cuando él entró a la noche,

enchastró la cara con eso. Nunca se pudo sacar las manchas.

Entonces, Yacyrá se cansó de vivir en la tierra y se quiso ir al cielo. Paí Reté Kuaraí le enseñó cómo: le dio su arco y un montón de flechas. Le dijo que apuntara al cielo y tirara. Yacyrá le hizo caso, la flecha salió volando, "¡Fiuuuu!", y al rato se oyó un ruido, lejos ("¡pac!"): se había clavado en el cielo. Entonces, el hermano mayor le dijo que tirara otra flecha que se clavara en la punta del palo de la anterior. Yacyrá apuntó bien (tenía un ojo bárbaro, porque la flecha casi no se veía ahí arriba) y tiró otra vez. "¡Fiuuu!", fue la segunda flecha volando y al rato se oyó "¡pac!": se había clavado en la otra. Después hizo lo mismo con otra flecha y con otra y con otra y con otra, hasta que se formó una especie de cuerda de flechas, una ensartada en la otra, que llegaba hasta cerca del piso. Yacyrá las usó para trepar, llegó al cielo y ahí se quedó. Se convirtió en la Luna (¿vieron que tenía bien puesto antes el nombre de "Futura Luna"?) y ahora se lo ve bien de noche, todavía con la cara manchada.

Charia hace las cosas difíciles

Según los guaraníes, Paí Reté Kuaraí, Nuestro Señor del Cuerpo como el Sol, estuvo mucho tiempo en la Tierra, arreglando las cosas para cuando aparecieran los primeros guaraníes.

Pero apareció en ese entonces uno que se llamaba Charia, que también era muy poderoso pero que embrollaba todo. Iba siempre por detrás de Paí Reté Kuaraí y tenía la manía de cambiar lo que él hacía o de copiarlo haciendo algo parecido pero malo.

Paí Reté Kuaraí inventó las abejas y las avispas que dan miel, para que cuando hubiera gente en la Tierra tuvieran algo rico para comer. Y decidió que en cada árbol hubiera una colmena, así siempre habia miel a mano.

Pero Charia, que era malo, dijo cuando el
...o se fue:

—¿Para qué tan fácil? ¡Que trabajen los
...mbres! ¡Que haya colmenas nada más que en
...unos árboles, que la gente tenga que caminar
...cho para encontrarlas!

Y, con su poder, hizo desaparecer un montón
... colmenas.

Después, Paí Reté Kuaraí hizo que todos los
...oles tuvieran fruta buena para comer. En un
...omento quedaron cargados de frutas. Al rato,
...aria vio esto y dijo, el maldito:

—¡Qué fácil les va a ser todo a los hombres
...! ¡Va a ser cuestión de estirar la mano y
...arrar una fruta! ¡No! ¡Qué trabajen! ¡Que
...o unos pocos árboles tengan fruta que sirva
...ra comer y los demás no!

Y otra vez, con su poder, hizo que la mayoría
... los árboles dieran unos frutitos chiquititos
...e dan lástima, o con mal gusto, o durísimos,
...que dan dolor de barriga si uno los come.

—¡Ji, ji, ji! —se reía.

Después, Paí Reté Kuaraí inventó las plantas
...ltivadas para que los hombres tuvieran sus
...acras: creó el zapallo, el maíz, la batata, y el
...ani, el poroto y un montón de cosas más.

Dijo:

—Para que a la gente no le falte nunca comi-
..., ¡que estas plantas crezcan en un solo día!
¡Que se siembren a la mañana y a la noche ya es-
...n listas para cosechar!

Charia lo vio y lo escuchó, y dijo:

—¿Para qué tan fácil? ¡No, señor! ¡Que tar-
...n meses!

Y con su poder, así fue.

Paí Reté Kuaraí creó a la anguila, que no hace mal a nadie. Charia fue corriendo e inventó una víbora venenosa.

—¡Ji, ji, ji! —se reía.

Para que, cuando hubiera hombres, pudieran cazar fácil al tapir, Paí Reté Kuaraí había creado a un chico que imitaba igualito, igualito, el grito de ese animal: cuando lo escuchaban, los tapires se creían que era alguno de ellos que los estaba llamando y venían. Entonces Paí Reté Kuaraí los podía cazar, y lo mismo iban a poder hacer los hombres. Pero Charia dijo:

—¡Qué fácil les va a ser cazar a los hombres! ¡No me gusta!

Entonces le pidió prestado el chico gritador a Paí Reté Kuaraí. Le hizo imitar el grito, pero cuando vino corriendo un tapir, Charia agarró al muchachito y se lo revoleó encima. Al caer sobre el lomo del animal, el chico se convirtió en garrapata. Desde entonces hay garrapatas molestas y los tapires son muy ariscos y difíciles de cazar.

Paí Reté Kuaraí se dio cuenta de las macanas de Charia, se cansó de aguantarlo y decidió sacárselo de encima. Así que un día lo llamó y le dio una vincha con un adorno de madera para la frente.

—Tomá —le dijo—. Para vos.

—¡Qué lindo! —dijo Charia y se lo puso. Pero en seguida sintió que algo le quemaba, porque Paí Reté Kuaraí había escondido una brasa en el adorno. Se lo quiso sacar, pero parecía pegado. Entonces corrió hasta un río y se zambulló. Pero ese fuego de Paí Reté Kuaraí no se apagaba con agua. Charia siguió corriendo y

de repente hizo "¡puff!" y se convirtió en un montón de cenizas.

El problema fue que esa ceniza era tan maldita como él y se transformó en una nube de jejenes. Los jejenes, que son unos bichitos como mosquitas chiquitititas pero que pican que da miedo, se fueron volando todos juntos y empezaron a picotear de lo lindo a Paí Reté Kuaraí, que daba manotazos para todos lados, desesperado.

Entonces se le ocurrió que si tenían algo más que picar se iban a distraer; movió las manos y aparecieron un montón de animales de todo tipo (había monos y gatos monteses, hurones y pájaros, patos y coatíes y de todo un poco). Los jejenes se les fueron encima, pero en seguida volvieron a aguijonear también a Paí Reté Kuaraí. Ya lo habían dejado todo hinchado y dolorido y no sabía qué hacer. Entonces, llamó al creador Ñanderú:

—¡Ñanderú, Ñanderú! ¡Ayudáme, por favor!

Apareció Ñanderú, espantó a los jejenes, que se fueron volando, asustados, y a él le dio una vasija llena de rocío.

—Frotáte con esto y vas a quedar como nuevo —le dijo, y se fue.

Paí Reté Kuaraí le hizo caso y se frotó con el rocío. En seguida le desaparecieron las ronchas que le habían hecho los bichos.

Puso la vasija en el suelo y se sentó a descansar un poco. Pero aunque se habían ido los jejenes, había quedado ese otro montón de animales que él acababa de hacer y que andaban alborotadísimos por las picaduras, como locos,

corriendo y saltando de acá para allá. Alguno le dio una patada a la vasija con el rocío de Ñanderú y la rompió. El líquido se desparramó por la tierra y de ahí crecieron unas calabazas (como esas con las que se hacen los mates) y una caña.

Pero no eran una calabaza y una caña cualquiera: de la calabaza nació en seguida el primer hombre; de la caña apareció la primera mujer.

Paí Reté Kuaraí les mostró las colmenas de miel (que aparecían en algunos árboles), los frutales, los zapallos, los maíces, las batatas, los maníes, los porotos y otras plantas para hacer las chacras (que iban a tardar meses en crecer) y las demás cosas de la Tierra. Les dijo cuál era la víbora venenosa y que tuvieran cuidado con ella. Les enseñó cómo plantar y cómo juntar miel y fruta, cómo cocinar y cómo hacer sus cantos sagrados y rezar a Ñanderú.

Cuando terminó, Paí Reté Kuaraí, Nuestro Señor del Cuerpo Resplandeciente, subió al cielo junto con su amigo, el Loro del Discreto Hablar, aquél que le había contado lo de los Seres Primitivos que se lo querían comer cuando era chico (los guaraníes dicen que se lo llevó para que este charlatán no hablara de más en la Tierra). El Loro se fue a vivir cerca de Ñanderú. Paí Reté Kuaraí se convirtió en el Sol y sigue brillando como antes, pero ahora en el cielo cuando es de día.

Un cuento con muchos pecaríes y un yacaré

Este es un cuento que los guaraníes a veces les cuentan a los chicos.

Dicen que una vez un hombre mandó a su hijo (que ya era un muchacho) que fuera a revisar las trampas para pecaríes, a ver si había caído alguno. Los pecaríes son unos animales parecidos a chanchos salvajes. El hombre, que sabía muchas cosas, le dijo al muchacho:

—Si no cayó ninguno en las trampas, venite en seguida para casa. Si ves huellas de pecaríes, no las sigas, porque cerca de donde están las trampas, hay un lugar peligroso. Yo sé por qué te lo digo.

—Pero si veo huellas de pecarí —le contestó el hijo—, en todo caso las sigo un poco, nada más: en una de esas puedo cazar algo.

¿Qué pemonos?

—¡Monos, monos! —dijo el muchacho.

El Guardián se le acercó, le metió el hocico al lado de la nariz y le dijo:

—¡Pecaríes, querrás decir! ¿Te creés que yo soy zonzo?

—No, no, no, ¡por favor! —contestó el muchacho—. ¡No, señor! Vea, yo, esteee... iba por acá nomás y...

—¡Y querías cazar pecaríes! Bueno, está bien, ¡basta de excusas! Tenés suerte: hoy ando de muy buen humor, así que no me voy a enojar. Y para que veas que estoy contento, te digo que te cases con mi hija.

—Es que yo... —empezó a contestar el muchacho.

—¿Cómo? —gritó el Guardián de los Pecaríes—. ¿No te querés cazar con mi hermosa hija? ¿Nos despreciás? —berreó, mostrando los colmillos.

—No, por favor, ¡si es un honor! ¡Gracias! —le dijo el muchacho, que estaba cada vez más asustado.

—¡Ah! ¡Más vale así! —dijo el Guardián. Se dio vuelta y gritó—: ¡Hija, vení para acá que está tu novio!

Apareció corriendo una pecarí gordita, que le hizo ojitos al muchacho, medio coqueta. Atrás, venía toda la parentela: como cincuenta pecaríes más. El muchacho juntó fuerza y le sonrió a la chanchita.

—Bueno, ¡todo el mundo para casa! —dijo el Guardián—. ¡Vámonos!

Y el muchacho se tuvo que ir con los animales, al trote, por el monte. Lo hicieron trabajar:

cuando había árboles con frutas, se tenía que subir y tirárselas al suelo para que comieran.

Después llegaron a una laguna enorme. El guardián mandó que la cruzaran y la hija le dijo al muchacho que se le agarrara fuerte de los pelos y ella lo iba a llevar nadando.

Pasaron al otro lado, viajaron otro poco y llegaron a un lugar para descansar. Los pecaríes se durmieron, pero el muchacho pensó:

—Ahora tengo que aprovechar para escaparme.

Así que se levantó despacito, se fue en puntitas de pie y cuando estuvo lejos se puso a correr como loco. Llegó a la laguna: y ahora, ¿cómo cruzaba?

Pasó un pato nadando:

—Cruzáme al otro lado, pato —le dijo.

—No, soy muy chico para eso —contestó el pato.

Pasó nadando un biguá (que es un pajarraco negro, medio parecido a los patos):

—Cruzáme al otro lado, biguá —le pidió.

—No, soy muy chico para eso —contestó el biguá.

Pasó un yacaré:

—¡Señor de la espalda tersa y los ojos relucientes como flores, cruzáme, por favor! —le dijo.

Al yacaré le llamó la atención que le dijeran que era lindo, y le contestó:

—Está bien, me acerco a la orilla y te subís a mi lomo.

El muchacho se subió, se sentó encima y el yacaré salió nadando. Al rato dijo:

—¡Qué te voy a parecer de espalda tersa y

quiere comer.

—Escóndete en mi canasto, debajo de los pescados que saqué —contestó el pájaro. Le hizo caso y se metió adentro, tapándose con un montón de mojarras, algunos bagres y varios sábalos.

Llegó el yacaré:

—¿No has visto un muchacho, martín pescador? —le preguntó.

—No vi ninguno.

—¡Mentira! —gritó el yacaré—. Las huellas llegan hasta acá. ¡Vos lo escondiste!

—Yo no fui —dijo el otro.

—¡A ver ese canasto! —gritó el yacaré, furioso.

Entonces, el martín pescador agarró el canasto con las patas y salió volando. Cuando estuvo lejos, bajó y el muchacho pudo salir. Tenía bastante olor a pescado, pero se había sacado de encima al yacaré. Le dio las gracias al martín pescador y se fue para su casa.

Cuando se le pasó el susto, se rió muchísimo.

Eso sí, la siguiente vez que fue a revisar las trampas para pecaríes, cuando vio que no había ninguno se volvió enseguidita para su pueblo, aunque estaba lleno de huellas de esos animales, pisadas fresquitas que iban para el monte.

¿Quiénes son los guaraníes?

maíz de varios tipos, porotos, zapallos,
mandiocas, batatas, ajíes, maníes, algodón, tabaco y otras más.
En el monte sacaban frutas silvestres, palmitos de palmera y miel de abejas o avispas. Allí también cazaban varios animales, con arco y flechas o con trampas, para conseguir carne: tapires, corzuelas, ciervos, carpinchos y otros roedores más chicos, monos, coatíes, pájaros y otros. Juntaban huevos de aves salvajes y tenían algunos patos domesticados. También pescaban con arco y flechas, anzuelos, trampas hechas con canastos y venenos que tiraban al agua para atontar a los peces hasta que podían agarrarlos con la mano.
Antiguamente, los guaraníes viajaban mucho por el agua: hacían grandes recorridos en canoas hechas con troncos ahuecados.

Vestirse y adornarse

Su ropa era muy sencilla: en tiempos antiguos, muchos andaban totalmente desnudos, especialmente en los lugares calurosos de muy al norte. En los grupos de la Argentina, los hombres usaban el chiripá (un delantal de algodón) y las mujeres un vestido largo hasta las rodillas, de esa misma tela. Además, se adornaban mucho con tocados de plumas para la cabeza y collares de dientes o garras de animales, de semillas o de plumas. Clavado bajo el labio inferior, los hombres llevaban otro adorno, de madera, piedra o metal, llamado *tembetá*.

Mucha guerra

En la guerra, además del arco y las flechas, peleaban con unas mazas de madera pesada, muy largas. Los guaraníes fueron pueblos muy guerreros, que antiguamente practicaban el canibalismo con muchos enemigos prisioneros. Pero no comían carne humana como alimento sino por razones mágicas, porque esperaban así adquirir el poder y la fuerza de los otros.

Aldeas y casas grandes

Vivían en aldeas formadas por varias casas grandes hechas con un armazón de troncos y techo y paredes de paja y hojas de palmera. En cada una vivía toda una parentela (los hermanos casados, los padres, los abuelos, etc.); cada matrimonio ocupaba una especie de habitación separada por una estera. A veces, un hombre tenía varias esposas. Para dormir, usaban hamacas colgadas de dos postes.
Las aldeas podían ser más o menos grandes: en ellas vivían entre 50 y varios cientos de personas.
Cuando las tierras sembradas se hacían poco fértiles (cosa que en las selvas pasa cada tres a cinco años), desmontaban otros pedazos de selva; cuando los cultivos quedaban muy lejos, la aldea se mudaba.
Los guaraníes fabricaban ollas de cerámica,

—Te digo que no —dijo el hombre—. Es peligroso.

El muchacho se fue; miró las trampas y vio que estaban vacías. Todo el piso estaba lleno de pisadas de pecaríes, que se alejaban por el monte.

—Yo voy a ver si encuentro a estos pecaríes —dijo el muchacho, que era bastante cabeza dura—. No quiero volver con las manos vacías. Total, ¿qué me va a pasar?

Así que preparó su arco y sus flechas y empezó a seguir las huellas, que se iban por entre los árboles. Llegó a un palmar grandísimo: las huellas parecían recién hechas, fresquitas.

—Estoy cerca —dijo—. Ya los voy a encontrar.

Pero en eso, de detrás de un tronco de palmera, salió un pecarí enorme, grande como una vaca, muy peludo, que le dijo con una voz que metía miedo:

—¿Qué andás buscando por acá vos?

El muchacho se quedó duro del susto, porque se dio cuenta de que éste era el Guardián de los Pecaríes, uno que se encarga de cuidar a estos animales y que es poderosísimo y bastante bravo. El arco y la flecha se le cayeron de las manos.

—Te pregunté qué andás buscando por acá vos —repitió el otro, con voz de malhumor.

—Ando buscando pe... monos —dijo el muchacho, porque estaba tan abatatado que casi dice "pecaríes", cosa que al Guardián no le iba a gustar ni medio, pero en seguida trató de arreglar la cosa diciendo "monos".

—¿Pemonos? —preguntó el Guardián—.

ojos relucientes!

—Sí, es cierto —contestó el muchacho—; en mi pueblo, todos dicen eso. Sobre todo las muchachas, que siempre se acuerdan de vos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dicen cuando se acuerdan?

—Dicen: "¡Ay, ese señor de espalda tersa y ojos relucientes como flores!".

—¡Ja, ja, ja! —se rió, contento, el otro. Pero al rato insistió:

—¿Cómo era que decían las chicas?

—"Ay, ese señor de la espalda tersa y los ojos relucientes como flores!" —dijo el muchacho, que se estaba empezando a divertir tomándole el pelo.

—¡Ja, ja, ja! —se rió, contento, el yacaré, abriendo mucho la bocaza.

Cuando estaban llegando a la otra orilla, dijo otra vez:

—Repetíme lo que dicen las muchachas de tu pueblo.

El otro se paró sobre el lomo del yacaré, haciendo equilibrio; se agarró de la rama de un árbol que daba sobre el agua, levantó los pies y le gritó, mientras el otro seguía solo:

—¿Sabés qué dicen siempre? "¡Yacaré viejo, de espalda granulienta y ojos chiquitos!"

¡Cómo se enojó el yacaré! El muchacho saltó a tierra y salió corriendo; el otro lo siguió. Entonces, se dio cuenta de que ese yacaré era mucho más rápido de lo que él había creído. Siguió corriendo y corriendo, y se encontró con un martín pescador que, claro, estaba pescando. Le dijo:

—Ayudáme, martín pescador; el yacaré me

¿Quiénes son los guaraníes?

Los guaraníes fueron un pueblo muy numeroso que vivía en varios países, especialmente Brasil, Paraguay y la Argentina, aunque grupos emparentados (o por lo menos con idioma parecido) también se encontraban en las Antillas y el norte de Sudamérica. En nuestro país vivían antiguamente en Misiones, parte de Corrientes y varios lugares a lo largo del río Paraná hasta llegar al Delta. Un grupo emparentado, el de los chiriguanos o ava, habitaba partes de Bolivia y el Noroeste argentino (donde aún viven).
Hoy, los guaraníes de la Argentina pertenecen a un grupo que se llama *mbyá*, que se encuentra en Misiones (aunque también viven en el Paraguay y el sur del Brasil).

Cosechar, cazar, pescar en la selva

Los guaraníes siempre fueron cultivadores de zonas de selva. Para cultivar, tenían que cortar los árboles con hachas de piedra (desde la llegada de los españoles las cambiaron por otras de hierro), quemar la maleza y sembrar con un palo, entre la ceniza que servía como fertilizante. Tenían muchas plantas cultivadas:

canastos, tejidos de algodón y bancos, cucharas y otros objetos de madera.

Jefes sacerdotes

Los jefes eran generalmente sacerdotes y por lo común no mandaban más que en su aldea, aunque a veces varias aldeas se unían para la guerra, bajo el mando de una sola autoridad. Ser jefe era bastante trabajoso entre los guaraníes, porque tenía que ser muy buen orador (más que dar órdenes, debía convencer a los demás) y estaba obligado a ayudar a todos en caso de necesidad: conseguirles comida, etcétera.
Las enfermedades las trataban los sacerdotes, que eran curanderos, por medios mágicos y también usando una gran cantidad de plantas medicinales.

Dioses y cantos sagrados

La religión de los guaraníes es muy elaborada, con una serie de mitos (muchos de los cuales se transmiten en forma de cantos sagrados) que cuentan la historia de la creación de la tierra, el origen de los animales, las plantas y los hombres, la organización social, etc.
También hay una cantidad de bailes y canciones religiosas, y rezos individuales que hacen aquellos que buscan la perfección del alma.

...en en un dios creador, Ñanderú, que ...ntó el lenguaje humano, creó la tierra y ...ida a otros cuatro dioses principales que ...mpletarían la creación: el del fuego, el de la ...mavera y el rocío, el del sol y el del trueno ...as lluvias, cada uno con su mujer. A su ..., estas parejas de dioses tuvieron hijos que ...mbién fueron dioses.

...demás de los cantos y relatos religiosos, los ...araníes poseen cuentos para divertirse y ...nciones infantiles.

...esde que llegan los españoles, las ...osas se ponen feas

...uando llegaron los españoles, muchos ...uaraníes se aliaron al principio con ellos, ...ero acabaron esclavizados por los europeos, ...ue los forzaban a trabajar en sus ...lantaciones, en la recolección de la yerba ...mate, como remeros, changadores, sirvientes, ...tc. Otros pudieron resistir a los ...onquistadores, peleando en la selva. Después, ...na gran cantidad vivió en las misiones de los ...esuitas, que los defendían de los blancos pero ...os hacían vivir en una forma distinta a sus ...radiciones. Las epidemias contagiadas por los ...blancos hicieron bajar muchísimo la cantidad ...de guaraníes. Cuando los jesuitas fueron ...expulsados por las autoridades coloniales, los ...guaraníes de las misiones cayeron en poder de ...amos criollos, o se escaparon al monte o se ...nstalaron en otras partes como campesinos.

Los *mbyá* son el grupo con menos influencia europea entre todos los guaraníes, porque siempre lograron vivir independientes en la selva.
Como hubo un gran mestizaje con los españoles o sus descendientes, el idioma guaraní se hizo general entre la población criolla del Paraguay y parte de la Argentina (Misiones, Corrientes), aunque el guaraní que hablan los indígenas es algo diferente.
Hoy, en Misiones los *mbyá* llevan una vida muy difícil arrinconados por la colonización blanca (criolla o extranjera); su subsistencia es cada vez más complicada porque escasean los animales de caza a medida que se destruye la selva (además de que tienen que competir con cazadores blancos que les destruyen las trampas o se las saquean); hacen sus chacras cuando tienen terreno disponible, pescan, juntan miel y frutos del monte y fabrican canastos y tallas de madera en forma de animales para vender. Muchos trabajan en las plantaciones. Ya no viven en las casas grandes como antes, sino que ahora cada matrimonio se hace un ranchito propio.

¿Dónde encontramos estos cuentos?

El origen de la Tierra

Esta adaptación del mito de la Creación se basa en versiones de los cantos sagrados guaraníes recogidas por León Cadogan, publicadas en su "Ayvu Rapyta. Textos míticos de los mbyá-guaraní del Guairá", *Boletim Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras*, Un. de Sao Paulo, nº 227, 1959, y en su libro en colaboración con A. López Austin, *La literatura de los guaraníes*, México, Joaquín Mortiz, 1970.

Nuestro Señor del Cuerpo como el Sol y su hermano Futura Luna.

Esta adaptación del mito del Sol y la Luna se basa en versiones de Cadogan (1959) y Cadogan y López Austin; el episodio de la creación de la yerba mate se inspira en versión del libro de Lorenzo Ramos, Benito Ramos y Antonio Ramírez, *El canto resplandeciente. Ayvu Rendy Vera. Plegarias de los mbyá-guaraní de Misiones* (compilación, prólogo y notas de Carlos Martínez Gamba), Bs. As., edic. trilingüe, Ediciones del Sol, 1984.

Charia hace las cosas difíciles

Esta recreación del mito del enfrentamiento del Sol en Charia se basa en tres obras de Cadogan: "Ywyra Ñeery. Fluye el árbol de la palabra", publicado en *Suplemento Antropológico*, v. 5 (1-2), págs. 7-111, Asunción, Universidad Católica, 1970, y las otras dos antes citadas (una de ellas en colaboración con López Austin).

El primer fuego llega a los hombres

La recreación del mito sobre el don del fuego a los hombres se basa en versiones de Cadogan ("Ayvu Rapyta. ...") y de este autor junto con López Austin (obra citada).

Un cuento con muchos pecaríes y un yacaré

Esta reelaboración se basa en versiones de Cadogan (1959) y Cadogan y López Austin.

El origen de la Tierra

Esta adaptación del mito de la Creación se basa en versiones de los cantos sagrados guaraníes recogidas por León Cadogan, publicadas en su "Ayvu Rapyta. Textos míticos de los mbyá-guaraní del Guairá", *Boletim Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras*, Un. de Sao Paulo, nº 227, 1959, y en su libro en colaboración con A. López Austin, *La literatura de los guaraníes*, México, Joaquín Mortiz, 1970.

Nuestro Señor del Cuerpo como el Sol y su hermano Futura Luna.

Esta adaptación del mito del Sol y la Luna se basa en versiones de Cadogan (1959) y Cadogan y López Austin; el episodio de la creación de la yerba mate se inspira en versión del libro de Lorenzo Ramos, Benito Ramos y Antonio Ramírez, *El canto resplandeciente. Ayvu Rendy Vera. Plegarias de los mbyá-guaraní de Misiones* (compilación, prólogo y notas de Carlos Martínez Gamba), Bs. As., edic. trilingüe, Ediciones del Sol, 1984.

Charia hace las cosas difíciles

Esta recreación del mito del enfrentamiento del Sol con Charia se basa en tres obras de Cadogan: "Ywyra Neery. Fluye el árbol de la palabra", publicado en *Suplemento Antropológico*, v. 5 (1-2), págs. 7-111, Asunción, Universidad Católica, 1970, y las otras dos antes citadas (una de ellas en colaboración con López Austin).

El primer fuego llega a los hombres

La recreación del mito sobre el don del fuego a los hombres se basa en versiones de Cadogan ("Ayvu Rapyta. ...") y de este autor junto con López Austin (obra citada).

Un cuento con muchos pecaríes y un yacaré

Esta reelaboración se basa en versiones de Cadogan (1959) y Cadogan y López Austin.

Indice

Acá empieza el libro/7
El origen de la Tierra/9
El primer fuego llega a los hombres/13
Nuestro Señor del Cuerpo como el Sol y su hermano Futura Luna/20
Charia hace las cosas difíciles/30
Un cuento con muchos pecaríes y un yacaré/37
¿Quiénes son los guaraníes?/45
¿Dónde encontramos estos cuentos?/55